Antón Costas

PIB y poder económico

Encerrados como estamos con un solo juguete, prestamos poca atención a la evolución de nuestra economía y, especialmente, a su capacidad para mantener niveles adecuados de dinamismo, innovación y crecimiento, bases de nuestro bienestar social futuro. Así, por ejemplo, hablamos de crear una Seguridad Social propia, o nuevos programas sociales, pero no decimos nada de cómo se van a financiar y sobre qué fuentes de riqueza se van a apoyar.

Existe la idea de que la economía catalana es fuerte, no se resiente por el debate político en curso y podrá soportar cualquier tipo de gobierno. El argumento es que a lo largo de estos años el PIB catalán no ha perdido ritmo ni participación en el PIB español. Pero puede ser que el PIB no sea un buen indicador para juzgar la capacidad de generación de riqueza y bienestar. Permítanme que les cuente una anécdota a este respecto.

Hace años tuve la oportunidad de participar en una reunión de empresarios catalanes con el presidente de la Generalitat en aquel momento. Asistía también el conseller del ramo. Los empresarios trasladaron al presidente su temor de que la economía catalana estuviese perdiendo oportunidades. Visiblemente incómodo, el conseller negó la mayor. A su juicio no había declive. Su argumento fue que el PIB catalán seguía manteniendo su posición dentro del PIB español. Después de un momento, el presidente le cortó sin miramientos: "Calle, calle, conseller –le dijo–, estos señores hablan de poder económico no del PIB". El presidente estaba en lo cierto.

El poder económico de las empresas y de los bancos no reside donde están sus fábricas y sus oficinas bancarias. Se encuentra donde están su sedes corporativas, sus consejos de administración, sus altos directivos y sus unidades de decisión estratégica. Es ahí donde se toman las decisiones de futuro. Decisiones que, por cierto, en la mayor parte de los casos no se conocen hasta que, después de un tiempo, sus efectos se hacen visibles. La importancia de las sedes es enorme. El que haya vivido la experiencia desde dentro de una empresa comprada por capital foráneo lo sabe.

Eran los años en que se estaba produciendo una mutación importante en la estructura empresarial. Una mutación provocada en parte por la globalización y el cambio técnico. El presidente del Gobierno español José María Aznar había intensificado la política iniciada por Felipe González de privatizaciones de grandes empresas públicas y de liberalización de algunos sectores, como el de las telecomunicaciones, los transportes y el audiovisual.

IGNOT

Algunos empresarios buscaron aprovechar aquella oportunidad para fortalecer el poder económico de Catalunya. Es obligatorio recordar aquí el activismo de José Manuel Lara Bosch, recientemente fallecido. Pero no siempre se tuvo la ambición necesaria. Pero sí hubo éxitos notables. Entre otros los de Gas Natural o, en el ámbito bancario, los de La Caixa y el Banc Sabadell. Estos dos últimos muy valiosos, dado el mito de la incapacidad financiera de Catalunya.

Hoy el objetivo debe ser no tan sólo no perder nuevas sedes de empresas, de bancos, de entidades financieras no bancarias y de servicios a las empresas, sino hacer de Barcelona y el resto de Catalunya un territorio atractivo como sede de negocios. Pero hay que ser conscientes de que el riesgo de declive es real. Sólo hay que ver el goteo de cambios de sedes que estamos conociendo. Y esas son sólo las conocidas.

La economía empresarial catalana tiene fortalezas indudables. Un buen indicador es su capacidad para mantener posiciones en el mercado español y su pulso exportador. Pero no debemos caer en el autoengaño del "mecachis, qué guapos somos". Existen debilidades manifiestas. Una es el reducido tamaño medio de las empresas. Otra, la debilidad de su capitalización. Y también la falta de una estrategia de largo plazo, basada en nuestras capacidades y habilidades industriales.

La ciudad de Barcelona, como cabeza de puente del área metropolitana y del conjunto de Catalunya, padece esta falta de visión estratégica. El turismo sostenible puede y debe ser una poderosa industria. Pero necesita algo más si quiere fortalecer su papel como ciudad global. Otras ciudades como París, Londres, Nueva York o la propia Madrid también tienen en el turismo una fuente importante de riqueza. Pero tienen algo más que las hace fuertes económicamente. Barcelona necesita reinventarse para seguir siendo una ciudad exitosa y un reclamo para sedes de negocios.

El actual debate político en Catalunya tiene que abrirse a sus consecuencias económicas de largo plazo. El reto es conciliar la aspiración mayoritaria a un mejor autogobierno con el mantenimiento y fortalecimiento del poder económico, base del bienestar social futuro. No es sensato pensar que la economía lo aguantará todo. Los empresarios y financieros no acostumbran a hablar mucho, votan con los pies; y sin hacer mucho ruido. El riesgo es que la economía catalana acabe siendo sólo sala de máquinas, fábrica, pero no puesto de mando.●

A.COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Magdalena Bosch

La filosofía no es una asignatura

La filosofía no sirve para nada: no sirve para construir túneles transoceánicos, ni para descubrir una vacuna contra el cáncer...; sin embargo, cuando Mahatma Gandhi instauró un modo de no violencia para resistir al poder británico estaba haciendo filosofía y cuando Nelson Mandela dio su testimonio sufriendo veintisiete años de prisión, estaba haciendo filosofía. Los primeros sistemas de leyes, que permiten pasar de la barbarie a la civilización emergían del pensamiento filosófico; y la medicina se inspiró y cobijó en brazos filosóficos para su nacimiento y hasta su madurez empírica. La filosofía no es una asignatura, es la posibilidad de entender la vida y la humanidad.

¿La entendemos? ¿Por qué en pleno siglo XXI vivimos en una época de terror renovado tras dar por descontado que no se repetiría nada de lo que pasó entre el 39 y el 45? ¿Dónde está la filosofía que luchaba pacíficamente por la libertad y enseñaba que la benevolencia es efectiva? ¿Qué nos pasa ahora?

Quizá es que pensamos muy poco. Corremos demasiado para ver más allá del impacto y la sensación y se hace difícil ver que la realidad, afortunadamente, no se reduce a las grandes desgracias que nuestro tiempo está sufriendo y engendrando. Es mucho más que eso. Los 7.300 millones de personas que pueblan la Tierra viven, en su mayoría, de acuerdo con filosofías pacíficas y cooperantes. Por eso podemos seguir pensando que hay más justos que ladrones, más hombres de negocio honestos que estafadores, y muchísima más gente pacífica que terroristas.

Parece que estemos abocados sólo a la acción y del modo más acelerado posible. Así, todo lo agresivo y violento cobra más fuerza y la multitud pacífica se acalla bajo el ruido de la violencia. Necesitamos urgentemente espacios de ponderación y reflexión.

La filosofía no es una asignatura, pero debe enseñarse y cultivarse. Quienes han abierto caminos de convivencia y progreso, eran –tanto si se les llamaba así como si no– pensadores. Ellos tuvieron una fuente de inspiración. ¿De dónde sacaremos nosotros la fuerza moral, ya no para construir un mundo mejor, sino para frenar el empeoramiento que estamos causando? ¿Dónde aprenderán los valores de la justicia, la paz, la cooperación... el valor de ser humano? La filosofía es mucho más que una asignatura, pero ha de enseñarse en las escuelas: necesitamos pensar y que nos enseñen a hacerlo bien.●

M.BOSCH, *profesora facultad de Humanidades de la UIC*

Pilar Rahola

Cambio en Argentina

Charla intensa con el gran Sanguinetti, una de las mentes mas lúcidas de Latinoamérica, cuyo verbo punzante siempre pone la diana en el corazón del problema. Hablamos de lo previsible, el duelo electoral entre Scioli, el candidato del kirchnerismo, y Macri, encarnación del cambio en Argentina. El domingo se acaba el ciclo, y la posibilidad de que el país cierre el paradigma kirchnerista se respira en todas partes, en general con altas dosis de optimismo.

Ese es, quizás, el primer cambio que percibe la mirada extranjera: el optimismo. Son muchos los viajes a Argentina que acumulo en la mochila, y durante los últimos tiempos, cada vez que aterrizaba en Buenos Aires respiraba una atmósfera sobrecargada de tensión y, a menudo, de miedo. Creo recordar que precisamente fue sobre el miedo de lo que escribí en mi último viaje, hace ya algunos años. El gobierno de los K había ido derivando en un régimen pulpo, cuyos tentáculos oprimían los diversos pilares de la democracia: atacó la libertad de prensa –quedará para la historia de la vergüenza, la guerra fratal contra *Clarín*–, intentó asfixiar el poder judicial –"que, a pesar de las lesiones, continua siendo una salvaguarda de la institucionalidad argentina", Sanguinetti *dixit*– y con sus piqueteros, sus verbos amenazantes y su larga pata intervencionista tenía al mundo empresarial sumido en el pánico. Si se añade la tentación bolivariana, cada vez más abiertamente desacomplejada, el vergonzante memorándum con Irán –mercantilizando con las víctimas de Amia– y la sospechosa muerte del fiscal Nisman, el panorama global daba un resultado asfixiante.

> Macri consiguió la segunda vuelta, cambió la película y el pesimismo se transmutó en esperanza

Siempre que llegué a Argentina respiré esa dualidad: una sociedad dinámica, politizada, intelectualizada y crítica; y a la vez, una sociedad en *standby*, como si escondiera la crítica en el armario, ralentizara su dinamismo y esperara tiempos más felices. Sin embargo, esos tiempos parecían lejanos y mandaba el pesimismo. "Hasta ayer mismo", me dice un amigo empresario, y me explica que parecía todo cerrado, que el kirchnerismo sería eterno, que nadie frenaría su poder.

Pero Macri consiguió el *ballotage*, la segunda vuelta cambió la película y el pesimismo se transmutó en esperanza.

Por supuesto, Macri tiene muchos seguidores, pero el cambio probable –si se consolida la tendencia– no se producirá gracias a los argentinos que le votarán entusiasmados, sino a aquellos que, sin saber si les gusta, tienen claro que no quieren más kirchnerismo. Y ese es el gran cambio de paradigma: el pasar del pensamiento en la sombra del "nunca los echaremos del poder" al pensamiento en la luz del "llega el cambio". Veremos qué pasa el domingo, pero hoy por hoy parece que se confirma el dicho de Victor Hugo: "No hay nada más poderoso que una idea a la que le ha llegado su momento". Ese es el pálpito de la Argentina actual: ha llegado su momento, para la idea del cambio.●